

CONTEMPLAR LA BELLEZA DE LA FAMILIA

Una meditación para orientar la acción en favor de la vida familiar

Javier Barraca Mairal*

“Los mejores maestros: los niños (...) Lo más imprescindible: un hogar (...) Las personas más necesarias: los padres (...)” (Teresa de Calcuta)

RESUMEN

El autor hace una reflexión sobre la vida familiar y la importancia de la acción familiar en la educación de nuestros hijos, bajo un título sugerente y cargado de emotividad. Para ello, analiza cada uno de los vocablos en su sentido más estricto y puro de la palabra, hilando dicha terminología con justificaciones y alusiones positivas al entorno familiar. En definitiva, se trata de una reflexión mística, conectada con la experiencia práctica del sentido de la vida familiar y su implicación como ente que no debe perder fuerza. Al contrario, debe ser reforzada hasta en los recuerdos, que el autor define como “el arte de recordar juntos, de traer a la memoria los avatares y episodios significativos de esa unidad irrepetible que trenza la vida de familia”.

Palabras clave: contemplar, familia, vida de familia.

ABSTRACT

The author reflects on family life and the importance of family action on the education of our children by using a suggesting and emotion-charged title. Thus he analyses the exact meaning of every term attending to the purest and most strict sense of words, linking these definitions up with justifications and positive references to the family background. As a matter of fact, it consists of a mystic reflection, linked into the practical experience of the sense of family life and its involvement as a being which cannot miss its strength. On the contrary, it must be reinforced even in the remembrances, which the author defines as «the art to remember together, to recall the most meaningful events and episodes of that unrepeatable unit that makes up family life».

Key words: contemplate, watch, family life.

1. ADMIRAR LA FAMILIA: UNA CONDICIÓN INDISPENSABLE

Muchos se apresuran hoy a acudir en socorro de la familia de muy diversas formas. Nosotros, en lugar de examinar los presupuestos y las causas de este extremo, vamos a plantear una meditación, que entendemos previa a toda actuación ulterior en este terreno. Así, algunos se esfuerzan por elaborar concienzudos estudios acerca de la familia; entre éstos, destacan aquéllos que procuran integrar armónicamente sus múltiples aspectos, como el histórico, el sociológico, el psicológico, el antropológico, el económico e incluso el teológico. También han surgido fecundos análisis filosóficos que ponen los fundamentos necesarios a cualquier labor práctica. En este grupo se incluyen ya trabajos de indudable valor¹.

Ahora bien, la filosofía comienza, sostenían los clásicos, con la admiración. Por eso aquí queremos partir de un dato: no podemos ayudar a la familia en modo alguno si antes no aprendemos a admirarla como se merece. De esta admiración extraeremos la inspiración original, el estado de conciencia y la orientación adecuados para nuestra acción. Mas, ¿cómo hacer surgir una justa admiración hacia la familia, en nuestra sociedad actual? Sin duda, para poder admirarla, primero deberemos captar la belleza

* Doctor en Filosofía y en Derecho. Profesor en el CES Don Bosco.

propia de la familia. Pues bien, nadie puede apreciar la belleza de lo que no contempla. He aquí la razón por la que debemos contemplar detenidamente la familia.

2. APRENDER A CONTEMPLAR LA VIDA FAMILIAR

Contemplar la belleza de la familia constituye un punto de partida indispensable a la hora de colaborar, de manera adecuada, en su desarrollo integral. Pero “contemplar” nunca es un verbo fácil de conjugar en lo real y menos aún en estos agitados tiempos.

“Contemplar” implica “mirar el templo” (*templum*), es decir, adoptar la forma de ver que descubre con admiración lo más alto, lo sagrado, aquello que exige el mayor respeto y cuidado. En este sentido, en efecto, hoy más que nunca, debemos considerar como se merece esa vocación llena de hermosura en que consiste la familia. Pero esto, no de un modo genérico o abstracto, sino con respecto a cada familia concreta, comenzando por la propia.

Tenemos que admirar cuanto de bueno hubo, hay y habrá en nuestra familia. Desde luego, la familia constituye un templo, analógicamente, de ese misterio inmenso en que consiste la vida humana. El templo de la familia se llama “el hogar”, nuestro hogar, ese ámbito privilegiado y cálido donde la vida se desarrolla. La familia nos ofrece, además, el santuario originario en que resuenan los primeros latidos y balbuceos de la ardua convivencia interpersonal, la cuna de nuestra compleja vida en común. En ella, no sólo coexistimos, de modo colateral, más o menos yuxtapuestos unos al lado de otros, sino que conformamos una unidad íntima y fecunda, superior a cada individuo de la misma por separado. A este propósito, la *Carta a las familias* de Juan Pablo II nos muestra que, en la familia aprendemos, desde la experiencia, lo que comporta servir al bien común del grupo (algo no meramente material, sino espiritual), y, por otro lado, en su corazón se fragua la auténtica “genealogía de la persona”, el fundamento más profundo de toda persona².

Contemplar demanda, en segundo término, “elevar la mirada a lo alto”. Y esto requiere, por nuestra parte, el superar la perenne tentación de fijar en exceso la vista sobre lo más inmediato y material. Nuestra familia, sin duda, solicita el que nos entreguemos a una larga serie de actividades cotidianas, más o menos prosaicas, ordinarias y sencillas, a veces incluso rutinarias. Mas ahora se trata de “transcenderlas”, de verlas en perspectiva, de atender a su sentido profundo. Por eso, también en ellas hemos de saber descubrir una oculta grandeza. Por ejemplo, la grandeza de lo que se realiza por amor a otro, o con un amor capaz de durar y, así, de acoger mejor en su regazo lo que necesita seguridad, pues es todavía frágil, dependiente, delicado.

En tercer lugar, contemplar la familia pide no sólo admirar todo lo aparentemente pequeño o sencillo que la conforma día a día; sino considerarla en todo su alcance, atenderla según merece su último significado. Ahora bien, “con-siderar” algo no es en absoluto una acción en la que quepa improvisación, y mucho menos en el caso de la familia. Considerar significa “observar las estrellas o astros” (*sidera*). En definitiva, atender el reclamo de lo que brilla en la noche, de lo que luce en medio de la inmensidad oscura. “Consideremos”, pues, en este sentido preciso, nuestra vida en familia. A este propósito tenemos que esforzarnos para ver la familia, nuestra familia, desde su lado más luminoso. Esto equivale a vivirla como una vocación, una apelación hacia la búsqueda de nuestra realización personal. En efecto, nuestra familia nos dirige una llamada profunda e indeclinable, la llamada a desplegar nuestro único e inconfundible ser propio en su seno. Ante sus ojos, resultamos irremplazables e insubstituibles, en nuestra responsabilidad, sencillamente fraternos, pero distintos. La familia, en cuanto vocación de desarrollo personal y de plenitud de sentido, supone así un ámbito en el que el ser humano se encuentra no ya sólo consigo mismo y con los otros, sino incluso con el significado último de su existencia. La familia abre, pues, también, de algún modo, la ventana de las preguntas más altas, y nos vincula a la comunidad de quienes buscan la felicidad auténtica, y, en definitiva, la Trascendencia, aquello que supera con radicalidad al mero sujeto.

De esta visión de la familia como vocación, procede, asimismo, otro aspecto de su vida lleno de belleza, que no podemos dejar de considerar. Nos referimos al papel central de la familia en la educación de sus miembros. La familia es, en verdad, la educadora por antonomasia. Esta educación de la familia posee, además, un talante naturalmente “integral”. En efecto, la familia educa a toda la persona, no a una sola dimensión de la misma. La formación que, de modo cotidiano y constante, da la familia incluye lo cultural, lo psicológico, lo social, pero también lo ético y, desde luego, lo religioso. No cabe esperar una formación integradora y humanista sin la familia, pues ella ofrece la principal “escuela de vida”. Cada día progresan en fuerza los estudios que profundizan en esta evidencia. Pensemos, por ejemplo, en la importancia de las figuras materna y paterna, así como de su actitud mutua ante la dimensión religiosa de la persona, para una adecuada fundación de la relación de ésta con Dios³. Justamente por todo ello, se ha escrito:

“(…) la familia constituye, más que una unidad jurídica, social y económica, una comunidad de amor y de solidaridad, insustituible para la enseñanza y transmisión de los valores culturales, éticos, sociales, espirituales y religiosos, esenciales para el desarrollo y bienestar de sus propios miembros y de la sociedad; (…)”⁴.

Por otra parte, contemplar la familia implica cierto “recogimiento” interior. Es decir, la actitud del ánimo que propicia la consideración de lo importante, de lo valioso. Ello nos obliga a otorgar a lo contemplado el detenimiento necesario, a vencer esas prisas o urgencias actuales, las premuras de un discurrir vital poco apto para la pausa y la atención reposadas. Sólo así lograremos educar nuestra mirada hasta conseguir los dos prodigios que obra toda auténtica contemplación: primero, apreciar el conjunto, el todo, de un modo sintético; y, en segundo lugar, distinguir los detalles más significativos. Una doble tarea que, en medio del ritmo incesante de la ciudad moderna y de la ansiedad de sus habitantes, resulta imposible. Concedámonos, en concreto, el tiempo y el estado de ánimo adecuados para gozar de nuestra familia, para “saborear” su valor.

Todavía queda, por anotar, un quinto y último aspecto derivado del anterior. Éste estriba en advertir que contemplar implica, aquí, especular, en el sentido de analizar “de modo reflexivo”. Por eso, hemos de alejarnos de todo lo que estorbe una verdadera reflexión. Se trata, en fin, de aspirar a una especulación de pleno alcance y profundidad. Ahora bien, toda especulación certera acerca de la familia recomienda el que aprendamos a tener presente, con objetividad, nuestra realidad personal. Cuando pensamos en la familia, no podemos alejarnos de la específica realidad en la que se ha fraguado nuestro ser. La familia, en torno a la cual reflexionamos, supone una comunidad determinada, con una vida propia, con una historia y memoria definidas, con sus anhelos, sus pequeños y grandes logros o fracasos. De hecho, “especular” consiste etimológicamente en “situar un espejo ante algo” (*speculum*). Ahora bien, nuestro espejo no puede consistir en un instrumento engañoso, que refleje su objeto deformado, y muestre sólo lo que deseamos o tememos; que refleje lo que verdaderamente es. Partamos, en definitiva, de un sano “realismo”, a la hora de contemplar nuestra familia, y la familia en general. Ese realismo servirá para explicar en parte la evolución de nuestra vida familiar, y prever su bien, aunque también ella se encuentra sujeta asimismo a veces al dictado de lo imprevisible. Sin embargo, este esfuerzo por conocer la verdad de nuestra familia resulta imprescindible. Baste citar, como ilustración, algunos de los estudios actuales que buscan entender los diferentes fenómenos de la familia contemporánea desde este realismo. Pensemos, por ejemplo, en una cuestión tan vigente como la permanencia de los hijos en el hogar, en la que influyen elementos económicos, de relación y comunicación intergeneracional, las normas de conducta presentes hoy en la familia, etc⁵.

Lo precedente nos exige una gran dosis de humildad. Precisamos la sencillez necesaria para reconocer el ayer y el hoy verdaderos de la familia, de nuestra familia, y así lanzarnos hacia el mañana⁶. Tendremos que examinar cuáles han sido las luces y sombras de nuestra vida de familia; nuestras frustraciones y sueños en común,

nuestras riquezas y pobreza colectivas, las principales virtudes y defectos de nuestro peculiar carácter familiar... Sólo de este modo podremos acometer con rigor este hermoso reto que constituye, hoy, el contemplar la familia, nuestra familia, una condición indispensable para cualquier acción ulterior que emprendamos en favor de la misma.

3. LA MAYOR BELLEZA DE LA FAMILIA: LA COMUNIDAD DE VIDA INTERPERSONAL

La mayor belleza de una familia radica, ante todo, en las personas que la conforman. Aunque, en el caso de la familia, esto no depende sólo del valor presente en sus miembros de manera separada, sino de la especial comunión que se genera entre ellos. Se trata, en concreto, de una *communio personarum*, una comunión de personas. Este es, precisamente, el núcleo de la meditación de S.S. Juan Pablo II en torno a la familia, la hermosa exhortación *Familiaris consortio* ("La familia")⁷.

Además, la familia supone un tipo de comunión personal específica. Por lo tanto, distinta a otras (diferente de la formada por los amigos, la del maestro con el educando, la de los colegas profesionales, la que existe en el seno de Dios, etc.).

Sin duda, la clave de bóveda de esta comunidad de personas, que representa la familia, se halla en el amor. En concreto, en el amor familiar. El amor de la familia constituye el principio y la fuerza de la comunión de personas, que se da en su interior. De ahí, el que se afirme: "sin el amor, la familia no puede vivir, crecer y perfeccionarse como comunidad de personas"⁸.

Debido a lo anterior, pensar con amor la familia, y nuestra familia, (en esto consiste, en definitiva, contemplarla), incluye necesariamente considerar a cada uno de sus integrantes y actos, en su singular valor. Pero esto, dado el carácter propio de la familia, siempre sobre el escenario o en el horizonte de todo el proceso de la vida en común. Cada elemento debe, pues, ser considerado en orden a ese todo, que constituye la peculiar búsqueda de un pleno sentido, por parte de la comunidad familiar. Cada hecho es una pieza más, en el precioso mosaico de la historia familiar hacia la felicidad.

4. UNA CONCLUSIÓN PRÁCTICA: VIVIR EL ARTE DE RECORDAR EN FAMILIA

Todo lo precedente, nos conduce a una sencilla conclusión, cuyo tenor práctico aparece con claridad. Esta idea final sintetiza, de alguna manera, cuanto aquí hemos anotado. Se trata, en definitiva, de sugerir el que procuremos practicar un difícil, aunque decisivo, "arte" en y para la familia. Nos referimos al arte de recordar juntos, de traer a la memoria los avatares y episodios significativos de esa unidad irrepetible que trenza la vida de familia.

En ocasiones, una simple imagen bastará para conciliarnos a todos en torno a su calor. Sirva, como muestra, la célebre pintura de Bartolomé Esteban Murillo, "La sagrada familia del pajarito" (Museo del Prado). Este lienzo nos sobrecoge, al captar con maestría la irrepetible naturalidad, candidez e intimidad de un instante, que reproduce de manera genial una atmósfera o clima auténticamente familiar.

Por descontado, cada sujeto guardará, en su interior, a este respecto, las escenas, impresiones, signos y aromas que encarnan mejor esta peculiar belleza de su familia. Por eso, yo mismo concluyo estas líneas con un sencillo y breve testimonio personal. Y es que, en efecto, no puedo dejar de recordar en este momento, el acontecimiento fundamental que marcó y, al tiempo, vinculó más estrechamente a mi familia: la muerte prematura y brusca de mi hermano adolescente. Fue un hecho que llenó, para siempre, de un fondo de íntimo dramatismo –aunque, a la par, de hermosa unidad– nuestra existencia común. Durante ese tiempo, muchas imágenes quedaron grabadas a fuego en nuestra memoria colectiva, y hoy se desprende de ellas un suave y firme hilo de afecto y comprensión. Pues bien, cada familia ha de encontrar qué puede unirla mejor en su propia tradición, en su patrimonio vital. Ha de beber, en ocasiones, de su raíz más profunda. Por eso, tiene que practicar ese misterioso arte, que consiste en rastrear las antiguas huellas de su fecundo itinerario de amor.

¹ Cf., como muestra el documento de BURGOS, J. M. (2004). *Diagnóstico sobre la familia*. Madrid: Ed. Palabra.

² Juan Pablo II (2004). *Carta a las familias*, BAC, 26 y ss. Madrid.

³ Cf. a este respecto, el extraordinario análisis de CORDES, P. J. (2003). *El eclipse del padre*. Madrid: Ed. Palabra. Traducción de C. Díaz y J. Casas.

⁴ Carta magna de los derechos de la familia, Roma, 22-X-1983, preámbulo.

⁵ Cf., por ejemplo el documento de BARRACA, J. (2000). *Hijos que no se van*. Bilbao: Ed. Desclée de Brouwer.

⁶ Una muestra de este sano realismo, que aprecia lo mejor y lo peor de la familia, en nuestro tiempo, se halla en el excelente estudio: "La familia como fuente de valores" de VALVERDE, C. (2003). *Globalización y persona*, 85-114. Madrid: Unión editorial.

⁷ S.S. Juan Pablo II (1981). *Familiaris consortio, exhortación apostólica*, 33 y ss. Madrid: Ediciones Paulinas.

⁸ Idem, 34.